UNIVERSIDAD DE BELGRANO

XIX OLIMPÍADAS DE FOTOGRAFÍA Y CUENTO CORTO 2025

ORGANIZAN:
DIRECCIÓN DE CULTURA y VINCULACIÓN CON COLEGIOS SECUNDARIOS

XIX OLIMPÍADAS DE FOTOGRAFÍA Y CUENTO CORTO

CUENTO CORTO

JURADO:

Solange Camauër y Mariano Vergara-Hegi

Consigna 2025:

El participante debía incluir uno de estos dos grupos de consignas (A o B), en algún momento de la narración, ubicando las tres frases del mismo grupo en cualquier orden, donde le pareciera más conveniente.

A. **a poca distancia - se comentó en las redes que… - recuperó su confianza**

   O

B. **de nada le servía hablar - la salida era otra - en medio de la fiesta**

Índice

Categoría JUNIOR

1er. PREMIO: "La que me imita quiere mi lugar"
de María Inés Volpe,
3er. año, St. Matthew's College North.....7

2do. PREMIO: "Karma en la mansión Medici"
de Heidi Helfer, 3er. Año
Instituto Santa María (Mercedes, Buenos Aires).....12

3er. PREMIO: "La radio que dejó de sonar"
de Athina Keramidas,
3er. año, St. Matthew's College North.....16

MENCIÓN ESPECIAL: "El cuadro de las sombras"
de Valentina Baña,
2do. año, Instituto Social Militar "Dr. Dámaso Centeno".....19

MENCIÓN ESPECIAL: "Mi última llamada"
de Dante Limonta,
3er. año, Instituto Santa María (Mercedes, Buenos Aires).....22

MENCIÓN ESPECIAL: "Donde florecen las que resisten"
de Juana Ruth Maricahuin,
2do. año, Escuela Integral Mariano Moreno Nº 1732
(Comodoro Rivadavia, Chubut).....25

MENCIÓN ESPECIAL: "El misterio de la casa 1576"
de Trinidad Remmer
2do. año, Goethe-Schule.....28

Categoría SENIOR

1er. PREMIO: "Entre el ser y la ameba"
de Elena Blanco
4to. Año,Instituto Santa Ana y San Joaquín.....33

2do. PREMIO: "Cuando el frío duele"
de Guadalupe Stabio,
6to. año St. Francis School.....36

3er. PREMIO: "Nunca fuimos seis"
de María Guadalupe Moroni,
5to. año St. Matthew's College North 41

MENCIÓN ESPECIAL: "Amor adolescente"
de Angelina Amoroso,
4to. año, Instituto Santa Ana y San Joaquín 44

MENCIÓN ESPECIAL: "Todas las personas que quiero ser"
de Abby Arsento,
5to. año, Escuela Integral Mariano Moreno Nº 1732
(Comodoro Rivadavia, Chubut)..... 48

MENCIÓN ESPECIAL: "Algo que no se dice"
de Lara Balduzzi,
4to. año, Colegio Francisco Luis Bernárdez (Córdoba Capital, Córdoba) 51

Participaron 22 colegios, 153 alumnos, 153 cuentos.

COLEGIOS PARTICIPANTES:

Colegio Aula XXI

Colegio Belgrano Uno

Colegio Colinas de Peralta Ramos (Mar del Plata, Buenos Ares)

Colegio Francisco Luis Bernárdez (Córdoba Capital, Córdoba)

Colegio Jesús María

Colegio North Hills

Colegio Sagrada Familia

Colegio Santos Unidos

Colegio Upsala (El Calafate, Santa Cruz)

Escuela Integral Mariano Moreno Nº 1732 (Comodoro Rivadavia, Chubut)

Goethe-Schule

Instituto Carlos Steeb

Instituto General San Martín

Instituto Patrocinio de San José

Instituto Santa Ana y San Joaquín

Instituto Santa María (Mercedes, Buenos Aires)

Instituto Santa María de Nazareth

Instituto Santísimo Sacramento

Instituto Social Militar “Dr. Dámaso Centeno”

St. Francis College

St. Matthew’s College North

Sworn Junior College

1º PREMIO Categoría JUNIOR: “La que me imita quiere mi lugar”

Autora: **María Inés Volpe**, 3º año

St. Matthew’s College North

Se comentó en las redes, que había una chica nueva en el colegio, se difundió por todos lados, yo la quise conocer.

La vi de lejos, parecía… no sé… tal vez… ¿agradable? Ya sabés… carita de buena, una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja, un poco espeluznante, pero no le di importancia. Tenía una voz angelical, súper linda además, tenía ojitos azules, rubia color oro, un tono… 0.3 ¡Sí! ¡0.3! Su pelo tenía ondas tirando a rulos, una nariz perfecta. En cambio yo, aunque también soy rubia, tengo ojos verdes pero eso no importa mucho. No mucha gente se acerca a mí y tengo la nariz muy grande. Solo tengo cuatro amigas, Emi, Ema, Jose y Bella. Todo el mundo dice que “Importa calidad, no cantidad” pero no me parece del todo cierto. Bueno, terminé como no era de esperar, comparándome…

En fin, me acerqué a ella a la hora del recreo, me miró con esos ojos súper lindos que tiene, pero con una mirada perturbadora y envidiosa, no sabía por qué, ya que yo no tengo nada que envidiar. Creo que sería al contrario, yo debería envidiar a ella, sin embargo, no soy de esas personas, sólo me comparo en silencio, frente al espejo. Volviendo al tema, una vez que me acerqué a ella, cambió la mirada en un segundo, de alegría pasó a desagrado, pero solo por un segundo, luego continuó con su mirada normal, mirándome a los ojos fijamente.

Al día siguiente falté al colegio, solo un día, porque tenía un poco de fiebre.

Un día más tarde entré al aula como normalmente lo hacía, todos me miraban raro, me acerqué a Emi, mi mejor amiga, me preguntó:

¿Estás bien?

Si, ¿por qué? - respondí

Ayer estabas muy rara, seca, callada, ni la saludaste a Jose cuando te saludó

Pero Emi… Ayer no vine

Su cara se volvió pálida… de repente

-¿Cómo que no viniste?- me dijo susurrando

Su cara se puso pálida ... de repente

-"¿Qué decís?" Emi dijo en voz baja. ¡Sí viniste, viniste todo el día!

Me reí, nerviosa.

-"Emi, estuve en la cama, con fiebre. Todo el día".

Emi no respondió. Me miró como si estuviera observando un fantasma.

Y después dijo:

A poca distancia, Emi exclamó: "Pero vos hablaste. Fuiste, volviste. También fuiste a la clase de hockey y ganaste el partido metiendo tres goles. Dijiste que estabas re profesional" ...

Me congelé.

-"¿Quién dijo eso?"

-"¡Vos!" Emi gritó.

Lo dijo en voz muy alta. Todos estaban ahí.

El aula parecía irreal, el sonido de los ventiladores, la charla de mis compañeros, todo parecía raro. Yo tenía una duda ¿Quién había estado aquí ayer, fingiendo ser yo?

Cuando sonó la campana del primer recreo, me tiré en el sillón de la biblioteca. Mis extremidades estaban temblando. Me fui al baño. Me paré contra la puerta, intentando entender qué pasaba. Y después escuché pasos. Pasos suaves. Como si la persona se estuviese dejando caer.

Tocaron la puerta, solo una vez.

-¿Estás bien? "Era tu voz". Era ella, era Ema.

-"Sí", dije.

-"Ok, igual te preguntaba porque ayer estabas rara, medio ansiosa”

La frase me dio una apuñalada en el pecho.

No respondí. Vi como se fue, tarareando suavemente. Con una melodía que no conocía, pero me resultaba bastante familiar. Salí del baño. Noté la silueta de Molly. Pasé por el corredor con mi mochila. Con el llaverito de Petit, mi hermosa gatita. Con mi señalador bordado hecho por una maestra del año pasado y con mi libro de matemática.

Llegué al aula. Emi me miró en silencio. Ema miró hacia abajo. Jose y Bella se rieron con Molly, la chica nueva.

Molly me miró.

Recuperó su confianza, y me dio la bienvenida con mi sonrisa. La que uso cuando quiero recuperar la confianza de alguien.

No pude dormir esa noche. Me vi en mi espejo, estaba muy rara. Miré mis ojos. Vi la forma de mi cara, mi pelo. ¿Qué pasaría si de verdad me confundieran? ¿Y si esa chica posta era mejor que yo siendo yo?

Al día siguiente la fui a enfrentar.

Durante el recreo, fui con ella. Mis amigas estaban cerca de Molly. Como hipnotizadas. Ella se rió, contó anécdotas que solo yo sabía y no le había contado a NADIE.

-"¿Podemos hablar solas?" Dije.

Me miró.

Fuimos a las canchitas de fútbol donde no había nadie. Nos quedamos mirándonos fijamente.

"¿Qué querés de mí?" Pregunté, con un nudo en la garganta.

-"Tu lugar", dijo muy segura de sí misma.

-¿Por qué?

-"Si ya lo tengo, solo tenés que aceptarlo, Ine.”

Agarró mi mano. Tenía una sensación fría. Tenía que salir de ahí, pero me resultó difícil.

"No tenés que pelear más", dijo. “Ya nadie te necesita. Yo soy vos, mejorada”

Y luego, pasó lo que pasó.

Vi mi reflejo en la ventana del aula

No era yo. Era ella. Pero con mi uniforme, mi postura, mi forma de caminar.

Y yo ... era una sombra.

No era yo.

Extrañé el colegio, cosa que nunca hice en mi vida. Nadie me llamó. Nadie me escribió. Incluso mi mamá estaba perpleja e informó a mi hermano menor, Juani.

-Juani, llamá a Ine que ya está la mesa servida.

Pero ya estaba sentada.

Me levanté y me fui a mi cuarto. Noté que faltaba ropa. Pero, había otra ropa más linda. Parecía nueva. En el celular, recibí mensajes de Emi, pero no yo. Ella. "Gracias por hablarme hoy, posta lo necesitaba.” “Sos la mejor amiga del mundo”

No había estado en ninguna charla con Emi.

Quería gritar, pero el grito salió ahogado. Vi mis manos. Se veían muy livianitas, casi transparentes. Me estaba desvaneciendo.

Fui al colegio y presentía que iba a ser mi última vez ahí. Caminé por los pasillos como un fantasma. Nadie me saludó. Nadie me vio. Hasta que la vi. Estaba en mi lugar. Con mis amigas. Con mi mochila. Con mi risa.

Era yo.

Y no era yo.

Me acerqué. Me puse atrás de ella.

-"No podés cambiar lo que sos", dije en voz baja.

Ella giró la cabeza muy lentamente. Y por primera vez ... se sentía asustada.

-"No podés copiar algo que no conocés", dije.

Nadie sabía lo que había pasado. Al día siguiente, Molly no estaba. Pero algo estaba mal.

A veces, en los reflejos, la veo. Copiándome. Esperando el momento perfecto ... para volver. Porque la que me imita quiere mi lugar.

Y tal vez, algún día lo consiga.

*****

2do. PREMIO Categoría JUNIOR: “Karma en la mansión Medici”

Autora: **Heidi Helfer**, 3º año

Instituto Santa María (Mercedes, Buenos Aires)

Siempre amé el mar, el agua, la playa, todo. Siempre amé correr en la orilla cuando era chica

Hace unas semanas, y a poca distancia de aquí, vivía una adolescente que era considerada como el “Satanás en la tierra”. Su nombre era Mariel, pero su apodo se debía a que era extremadamente malvada. Era una mitómana y disfrutaba de manipular y amenazar gente a su beneficio. También era bastante sádica, amaba con pasión gastarle bromas de muy mal gusto a sus compañeros. Usualmente gastaba a todo el mundo, pero nada se comparaba a los tratos que le otorgaba a una de sus compañeras, que siempre era la que recibía las peores calumnias, Anita. Anita era retaca, pálida, escuálida y muy ñoña, especialmente con el inglés. Le hacían cosas horribles: le tiraban el pelo, le ponían apodos como “Miss Pulguita”; la escupían y, principalmente, la excluían y corrían de ella como si fuera un parásito mortal.

Claramente, Mariel era la típica “chica popular mala” de las películas, con una casa enorme y una fachada extravagante, un aspecto bien coqueto y una maldad que asimilaba la de un villano de caricatura. Pero había algo que la destacaba de todas las adolescentes malvadas existentes: su canal de YouTube. En este, ella subía una gran variedad de cosas: su día a día, las bromas que le hacía a Anita, los maquillajes que se hacía y distintos contenidos que podrían traerle más visualizaciones. Pero lo que resaltaba de su canal era una sección llamada “Desmintiendo mitos con la chiquis”. Esta sección la hacía con otras dos amigas llamadas Milagros y Malena. Mientras que Milagros era buena, pero temía de Mariel, Malena era igual de maquiavélica que su amiga, pero como la seguía cual perro callejero, no se notaba tanto. Las chicas contaban cosas sobre mitos

y leyendas terroríficas, e iban a examinar los rituales, objetos o lugares en los que supuestamente ocurrieron los hechos, para ver si eran verdaderos o no.

Hace poco se comentó en las redes que había un cadáver vagando en una mansión abandonada. La gente decía que era el señor Medici, un viejo ciego y avaro que fue asesinado por su mucama debido a que no le quería pagar su sueldo. Y por esta razón, su cadáver corre por el terreno para encontrar a la mucama, pero por culpa de su ceguera, ataca a cualquier persona que se le cruce. Esta leyenda urbana era una oportunidad perfecta para el canal de Mariel porque había demasiadas pruebas de que los rumores fueran ciertos: fotos, videos, noticias periodísticas. Así que para organizar todo, Mariel llamó a sus amigas por videollamada.

¡Chicas! Mañana a la noche vamos a ir a la mansión de Medici, pero puede ser peligroso, ¡ideas! — decía de forma apurada y molesta, chasqueando los dedos.

Entonces, Milagros se opuso:

Mari...hay fotos, ¡hay videos! Me da un poco de miedo…— Pero antes de que pudiera continuar hablando, fue interrumpida por Mariel

¡Shhhh! quién te crees que sos para contradecirme. Necesito sumar visitas al canal. LAS NECESITO, ¿ME ENTENDISTE?! —

Milagros, con lágrimas en los ojos permaneció callada pero Malena, sugirió con una sonrisa malévola:

¿Y si llevamos a Anita? La tiramos por el portón y nos quedamos a ver qué le pasa.

Al escuchar la idea, las chicas empezaron a sonreír, la idea era brillante. Y con el plan en la cabeza las tres cortaron la videollamada.

Al día siguiente, las tres chicas se acercaron a Anita, y actuando arrepentidas, sin lograr ocultar su tono petulante, le suplicaron que las perdonara por todo el daño ocasionado y que para remendar lo sucedido la invitaban a una fiesta. Anita no les creyó ni un poco. Tomó fuerzas y recuperó su confianza para decirles que no aceptaba las disculpas y que no quería que se acerquen nunca más a ella.

Las amigas, frustradas, no tuvieron más remedio que darse la vuelta e irse, pero no sin antes maldecirla y amenazarla por lo bajo.

A la noche, como no lograron su objetivo, fueron solas, una chance como esta no podía ser desperdiciada solo por no poder traer a Anita. Cuando llegaron al portón de la mansión, Malena agarró la cámara, la acomodó para que Mariel quede en el centro del video y empezó a grabar. Milagros, un poco asustada y otro poco enfurecida, interrumpió abruptamente la grabación:

BASTA — gritó —, me tenés cansada, Mariel. Toda la vida te dije que sí a todo: a las bromas crueles, a las fiestas a las que no quería ir, a ponerme en pareja con chicos que me ponen incómoda. ¡No te aguanto más! —protestó. Y se fue del lugar llorando.

Sin entender lo que acababa de pasar, sin darle importancia a las palabras de su amiga, las dos chicas saltaron el portón con gran agilidad, para luego recorrer el patio de la enorme quinta. El jardín estaba lleno de flores raras y exóticas, que no habían sido podadas hace años. Se sentía una atmósfera pesada y perturbadora en el aire y, de vez en cuando, se escuchaban crujidos de ramas y el roer de las ratas. Mientras tanto, las adolescentes gritaban, saltaban y hacían comentarios sardónicos de lo tonta que era la leyenda. Hasta que de pronto, se escuchó un grito ahogado, que se acercaba cada vez más. Al darse vuelta, se dieron cuenta de que estaban en gran peligro ¡el rumor era cierto! El cadáver putrefacto había escuchado el alboroto, y se acercaba a gran velocidad a las chicas. Malena, sin siquiera pensarlo, le tiró la cámara en la cabeza a Mariel, corrió velozmente hacia el portón, y se colgó de una enredadera para treparla y saltar afuera de la propiedad. Lamentablemente, Mariel no corrió con la misma suerte. Se congeló al no saber qué hacer y, cuando al fin pudo reaccionar, el cadáver se abalanzó sobre ella violentamente y la empezó a atacar.

Durante tres días nadie supo nada de Mariel, hasta que Milagros declaró y la policía fue enviada a indagar dentro de la mansión. Quedaron horrorizados cuando encontraron el cuerpo desgarrado y destruido. Desde ese momento, se prohibió la entrada a la propiedad para que los forenses y la policía pudieran investigar en profundidad el caso. Mariel y Milagros fueron abucheadas. Malena

por abandonar a Mariel, y Milagros por cobarde. Anita Medici, en cambio, desapareció y nunca más supieron de ella.

*****

3er. PREMIO Categoría JUNIOR: “La radio que dejó de sonar”

Autora: **Athina Keramidas**, 3º año

St. Matthew’s College North

Todos los días sonaban las mismas voces, los mismos comentarios, las mismas miradas. En los pasillos del colegio las mochilas cargaban más que libros: llevaban prejuicios, reglas no escritas y risas filosas como cuchillas. Para Luna, cada recreo era un campo minado.

No era como las demás. Su ropa no venía de los mismos locales, su pelo estaba lleno de trenzas con hilos de colores que ella misma tejía y sus auriculares siempre dejaban escapar melodías antiguas que nadie reconocía.

No era tímida por naturaleza pero el tiempo la había acorralado. Su forma de caminar era lenta y pensativa, era objeto de burlas. Incluso su forma de escribir, con letras redondas y firmes, había sido fotografiada a escondidas y ridiculizada en un grupo privado del aula.

A diferencia de los demás, no le interesaba encajar. No porque se creyera mejor, sino porque no podía fingir ser alguien que no era. Lo había intentado una vez, en primer año: se alisó el pelo, se pintó las uñas como las otras chicas, habló de cosas que no le importaban. Pero no funcionó. La sintieron forzada, falsa, y la atacaron peor. Desde entonces, entendió que el disfraz no servía.

En clase, mantenía la vista baja. Tomaba apuntes, participaba poco. A veces, dibujaba en los márgenes de sus hojas: radios antiguas, nubes con lágrimas, flores marchitas. Sus profesores decían que era talentosa, pero rara. Uno de ellos incluso le sugirió que “tratar de ser más sociable le haría bien”.

A poca distancia, los susurros se volvían risas.

“Subieron un video en las redes que se cree artista, que es rara”, escuchó un día mientras buscaba su cuaderno en la mochila.

Sabía todo lo que decían. Las chicas del curso compartían los mismos jeans rotos, los mismos filtros en Instagram; los mismos silencios cómplices cuando ella pasaba. Nadie le hablaba directamente, pero todos opinaban. Cuando subió un dibujo a su cuenta privada, alguien hizo captura de pantalla y lo compartió con burlas en un grupo paralelo. Le dolió más que cualquier empujón. Era como si no tuviera lugar ni siquiera en su propio rincón del mundo.

Su única compañera era una radio vieja, heredada de su abuela. Roja, de esas que todavía tienen ruedita para el volumen. Luna la encendía cada tarde al llegar a casa. Ponía estaciones antiguas, voces tranquilas, tangos y baladas viejas. Cerraba los ojos y se dejaba envolver. Era su refugio: un lugar donde nadie juzgaba, donde cada canción era un abrazo.

Su madre notaba que algo iba mal, pero Luna le decía que todo estaba bien. Sonreía en la cena. Asentía cuando le preguntaban si tenía amigos. Se encerraba después, ponía la radio y escribía cartas que nunca enviaba. Algunas empezaban con “Querido mundo: no sé cuánto más aguanto…”.

Un viernes gris, Luna llegó con una carta en el bolsillo y una idea fija en la mente. Esa mañana, alguien le empujó la carpeta al suelo. Nadie se detuvo a ayudarla. Nadie nunca se detenía.

En medio del murmullo del almuerzo, caminó hasta la terraza del edificio escolar. Sabía que estaba prohibido, pero ese día no le importó. La salida era otra, pero eligió esa. Se paró junto al borde y pensó en su abuela, en la radio, en los hilos de colores que ya nadie tejía. Pensó en cómo nadie había notado que llevaba semanas llorando en los recreos, encerrada en el baño, escuchando a escondidas canciones que hablaban de resistir cuando todo duele.

Pensó en su mamá, que tal vez encontraría la carta en la mochila, o tal vez no. En las profesoras que le decían “vos podés” sin mirar más allá. En su cuaderno, que estaba lleno de páginas que nadie leería jamás.

Cayó sin un grito, como quien ya no tiene fuerza ni para despedirse.

El lunes, todos hablaban de ella. Se compartieron fotos viejas, frases melancólicas. “Recuperó su confianza”, escribió una compañera en una historia de Instagram, como si eso explicara algo. Los profesores organizaron una charla sobre la empatía. Unas pocas alumnas lloraron frente a las cámaras del canal local. Se formó una fila de velas en la reja del colegio.

Se comentó en las redes que era una tragedia evitable. Algunos dijeron que “no parecía el tipo de chica que haría algo así”. Otros la llamaron valiente. Pero nadie mencionó los años de silencio, los empujones, las risas en voz baja, las miradas que matan sin dejar marcas.

Ya no había nadie para leer los comentarios.

La radio, en su casa, quedó encendida. Sonando sola. Como una despedida.

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría JUNIOR:

“El cuadro de las sombras”

Autora: **Valentina Baña**, 2º año

Instituto Social Militar "Dr. Dámaso Centeno"

La fiesta estaba en su punto más alto de esplendor. Con la música retumbando en los ventanales antiguos y el eco de carcajadas flotando en los techos altos, Zoe se sentía fuera de lugar. El salón era majestuoso, decorado con candelabros de cristal, espejos polvorientos y muebles de otra época. Había una atmósfera de misterio casi teatral.

La mansión, erguida al borde de un acantilado, se alzaba como un cadáver hermoso entre la niebla. Nadie sabía quién había organizado aquella fiesta, pero todos asistieron por una sola razón: el cuadro.

En el centro del salón, cubierto por una sábana color rojo sangre, se encontraba el objeto de todas las miradas: “El Cuadro de las Sombras”. Casi todos lo mencionaban con una mezcla de temor y burla, como si nombrarlo demasiado serio pudiera despertar algo dormido. Se decía que aquel que lograra mirarlo durante un minuto entero, sin parpadear, recibiría un deseo. Pero había un detalle más: el cuadro siempre te mostraba lo que más anhelabas… o lo que más temías.

Zoe no creía en esas cosas, o al menos no lo hacía antes. Pero desde la desaparición de su hermana menor, Luna, hacía casi un año, había dejado de confiar en la lógica. Lo había intentado todo: policías, médiums, psicólogos. Todo menos rendirse. Y si una pintura con fama maldita era lo único que le quedaba, entonces allí estaría. Y allí fue…

En medio de la fiesta, cuando retiraron la tela, un silencio grave cayó sobre los presentes. Incluso la música pareció apagarse. Todos miraban, algunos reían nerviosos, otros apartaban la vista de inmediato. El cuadro era hipnótico.

Zoe sintió que el aire se volvía más denso. El marco de oro envejecido contenía un fondo negrísimo y en el centro, casi imperceptible, una figura se delineaba entre sombras. Era una niña de vestido blanco. Pálida. Los ojos, fijos. La expresión, desesperada.

Zoe se acercó como en trance. Su corazón palpitaba con fuerza. El rostro en la pintura… era el de Luna.

—No puede ser… —susurró para sí misma perpleja.

Sin pensar, se paró frente al cuadro. El salón desapareció de su mente. Solo existía esa mirada.

Cuarenta segundos. Cincuenta y cinco. Sesenta.

Algo tiró de ella con violencia.

El mundo se quebró como un espejo. De pronto, el calor y la música quedaron atrás. Zoe cayó al otro lado.

Silencio. Oscuridad líquida. Era como estar dentro de un sueño espeso, donde el tiempo no avanzaba. Frente a ella, Luna estaba de pie. Más alta, más delgada. Sus ojos reflejaban sorpresa y miedo. Llevaba el mismo vestido blanco de la última vez que Zoe la había visto.

—Luna… —susurró—. ¿Sos vos?

La niña asintió lentamente, con lágrimas en los ojos. Había crecido. El tiempo pasaba diferente ahí dentro. Estaba viva, pero atrapada.

Zoe corrió hacia ella, pero algo se interpuso. Una figura retorcida, enorme, surgió de las sombras. No tenía rostro, solo dos huecos oscuros que parecían absorber la luz. Era tan oscuro como los miedos o las pesadillas.

—¡Dejala!

De nada le servía hablar. Aquello no entendía palabras humanas. Era sombra viva.

Zoe retrocedió. Su respiración se aceleró. Miró a su alrededor, buscando una salida. Pero allí no había puertas, ni ventanas. Solo un abismo de oscuridad cubierto de trazos, todo estaba pintado con óleo negro.

Y entonces lo comprendió. La salida era otra: no era escapar, era intercambiar.

Se giró hacia Luna, temblando, pero decidida.

—Tenés que volver. Vos podés volver.

Apretó la mano de su hermana con fuerza y, con un grito, la empujó hacia el marco invisible. La sombra rugió, extendiendo sus brazos deformes, pero no fue lo bastante rápida. Luna atravesó la barrera, desapareciendo en un destello.

Zoe sintió una paz repentina… y luego, la nada.

Desde afuera, el cuadro tembló. Algunos invitados lo notaron, pero nadie dijo nada. La imagen cambió sutilmente. Ya no era una niña atrapada en la pintura, sino una mujer. Su expresión no era de miedo, sino de serenidad.

Todos aplaudieron el truco y la fiesta continuó como si nada hubiera ocurrido. Nadie notó la ausencia de Zoe. Nadie, excepto una niña de ojos grandes y cabello rizado, que miraba el cuadro con lágrimas contenidas…

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría JUNIOR: “Mi última llamada”

Autor: **Dante Limonta**, 3º año

Instituto Santa María (Mercedes, Buenos Aires)

En un auto de policía hablaban dos amigos sobre la fiesta de esa noche. Un poco se reían y otro poco se quejaban de que Tomás, su compañero, no asistiría porque insiste trabajar en sus casos. Los amigos lo empezaron a molestar y a tratarlo como alguien aburrido y amargo. Tomás, enojado, dejó de responderle los mensajes.

Llegando a la comisaria cuarta “B” en la ciudad de Buenos Aires, lugar donde trabaja, le llega un nuevo audio de sus amigos, pero esta vez para disculparse por haberse burlado. Se notaba que estaban ebrios, en medio de la fiesta, porque se escuchaba mucho bullicio del otro lado. Lo dejó a la mitad y se concentró en un email, de un correo desconocido, que le avisaba que se comentó en las redes que hay un detective buscando ayuda en un caso y que quería contactarse con Tomás porque posiblemente podría ayudarlo. El mensaje lo firmaba un tal Federico y al pie dejaba su número de teléfono. Tomás no dudó en marcarle y así fue que tuvieron una tendida charla. Al cortar, Tomás sintió que recuperó su confianza como detective.

Pasado apenas un día, Tomás, recibe en su oficina de Federico. La primera impresión que tuvo de este, no fue buena. Creyó que estaba perdiendo el tiempo. Se encontró con un hombre de, aproximadamente, cuarenta y tres años, con su cabellera cubierta de canas, sus ojos caídos y algo desalineado. No estaba en forma e inmediatamente se percató de que no duerme bien desde hacía varios días. Sin embargo, percibió que aquel hombre era inteligente y astuto. Corta con su pensamiento y le pide, amablemente, que tome asiento. Cuando se disponían a hablar, el jefe principal lo llama desde el interno y le pide que se presente en

su oficina, que quedaba del otro lado del pasillo. Pidiéndole disculpas a su invitado, le sirve café y pide que aguarde unos minutos.

Ya en la otra oficina, Tomás escucha atento el comunicado de su superior. Se trataba de un masculino que mató a dos personas. Un matrimonio. Pero la pista, o la rareza, era una nota manuscrita que dejó el asesino. Tomás sabía que debía dirigirse rápidamente al lugar de los hechos. Sin dudarlo, cruzó nuevamente por el húmedo y oscuro pasillo de la comisaría, tomó algunas pertenencias de su oficina y le ordenó a Federico que lo siguiera. El hombre, sin entender lo que estaba sucediendo, hizo fondo blanco con el café y fue detrás de él.

Al llegar, lo primero que sus ojos vieron fue al cadáver. “Golpe con un objeto contundente en la cabeza” dijo por lo bajo Federico. Y también notaron tres puñaladas en el abdomen y una en el pecho. Tocaron el cuerpo y sintieron lo frío que estaba. Tomás no olvidó el detalle de la nota y le pidió a los forenses leerla. La carta solo estaba compuesta de una línea: *“no hay mal que por bien no venga”.* No había mucho para analizar y no le dieron la debida importancia. En la otra habitación, yacía la joven mujer que había sido baleada sin escrúpulos. Eran cinco tiros, todos al torso. Al costado del cuerpo, encontraron otra nota: *“ciudad que voy a visitar el viernes, a las nueve de la mañana”.* Tomás, muy hábil, pidió los datos de la mujer. Pilar Loza. Miró fijo a su nuevo compañero y le dijo que el jueves salían para allá. Federico, todavía perplejo por verse envuelto en esa situación y sin entender cómo pasó de una charla y un café a una escena del crimen, le dijo que no podía. Que debía atender asuntos más importantes.

Tomás, desafío la voluntad de Federico y el jueves lo pasó a buscar para ir a Pilar. Sin más remedio, su nuevo compañero emprendió el viaje. Al llegar a la ciudad, el asesinato ya había ocurrido dos días antes de lo previsto. “Tramposo”, pensó Tomás. Una mujer muy llamativa, chiquita con rulos de color rubio, ojos grandes de un celeste profundo y con una nariz algo puntiaguda, era la víctima. Al parecer al asesino le gustaba escribir, y dejó otra nota que decía: *“esa noche al traicionarme, cometiste un grave error. Al haberte matado, llené este vacío que vos habías generado”.* Todo era un mar de interpretaciones, pero no había nada contundente.

Camino a casa, ninguno de los dos hablaba. Silencio rotundo. Aunque si los pensamientos se pudieran oír, en ese auto estaban gritando. La radio se escuchó y volvieron al presente. Los oficiales en la radio anunciaban otra muerte. Volvió el silencio. El hecho había ocurrido días antes y, debido al olor que emanaba el cuerpo, los vecinos denunciaron. A las horas, ya en su ciudad de residencia, Tomás conoció la última carta: "*Ya está. Nunca más voy a asesinar. Ya que maté esta sensación que me molestaba y esa voz que me ordenaba la sangre de quienes me traicionaron. La primera víctima, desde pequeños, me hacía bullying, todos, pero todos los días, llegaba con moretones y llorando por su culpa. Después, la segunda, me fue infiel y me humilló en público. El tercero, insultó a mi madre en su velorio. Y el último, era mi mejor amigo hasta que se fue con mi novia. Esas personas hicieron que mi vida se viera miserable hasta ahora"*.

Tomás, mientras pensaba, le pidió a Federico que firme el acta del día. Fue el garabato que lo llevó a su perdición. Impulsado, por una fuerza de la naturaleza, Tomás hizo un veloz giro, tiró al piso a Federico y lo esposó. El hombre, con la cara pegada y sujetada al piso, hizo una mueca, como una suerte de sonrisa y le dijo:

— Te tardaste. Siempre estuve a poca distancia.

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría JUNIOR:

"Donde florecen las que resisten"

Autora: **Juana Ruth Maricahuin**, 2º año

Escuela Integral Mariano Moreno N° 1732 (Comodoro Rivadavia, Chubut)

Cuando crecen no hacen ruido, pero el mundo las escucha. Se estiran hacia la luz con la paciencia de quien ha aprendido a esperar la lluvia, rompen la tierra con ternura y coraje, y en cada hoja nueva llevan escrita la promesa de que todo lo pequeño puede volverse hermoso si tiene un poco de sol y un motivo para seguir.

Habían crecido cerquita. Aurelio y Amapola, dos plantas que habían sido resultado del mismo puñado de semillas, eran unidos. Se habían visto crecer el uno al otro, ayudándose mutuamente en el proceso, con mucho amor y cariño, siempre yendo juntos hacia el sol. Era único lo que pasaba entre estos dos. Con el pasar del tiempo, sus tallos se volvían más y más fuertes, así como su lazo personal.

Amapola vestía unos hermosos pétalos rojos: delicados pero intensos. Y por otro lado, Aurelio poseía tallos largos y esbeltos de un verde profundo. Ambos eran muy opuestos, pero el amor entre ellos no floreció una primavera cualquiera, esta era especial: las flores que recién comenzaban a abrir sus pétalos nuevamente se veían más radiantes que nunca. Los árboles se vistieron con un verde más poderoso y acogedor, y sus ramas se plagaron de nuevas hojas. El aire olía distinto, más dulce, más fresco, como si llevara promesas invisibles.

Entre ellos, comenzó a agrietar la tierra una pequeña plantita, más chica de lo normal. Una flor pequeña y frágil, pero con muchos, muchos pétalos de un violeta intenso y cautivador. Esto dio lugar a la emoción de Amapola y Aurelio. Les

gustaba pensar que aquello había sido fruto del amor incondicional que se tenían el uno por el otro.

El tiempo transcurrió con más rapidez de la que esperaban. La que antes era una pequeña y frágil flor, ahora se había convertido en una bella rosa, con el mismo violeta intenso de siempre, totalmente única. Su nombre era Ranúchi, el cual había sido escogido por Amapola y Aurelio: un diminutivo de Ranúnculo, que es como una rosa pero más chiquita. Las tres plantas eran felices. Se sentían cómodas en el lugar en el que se encontraban y el sol estaba más brillante que nunca.

Pero todo cambió cuando Aurelio empezó a ser distante, tanto con Amapola como con Ranúchi. Era verdad que la llegada de la pequeña rosa había distanciado a Amapola y a Aurelio un poco, pero él tenía actitudes hirientes y agresivas. Cada vez que la pequeña se apoyaba en su tallo, este se inclinaba lejos, como si temiera quebrarse si la sostenía demasiado. Era como un sol de invierno, que aparece de a ratos: calienta poquito, y desaparece justo cuando más lo necesitás.

Incluso llegaba a ser egoísta; al tener los tallos tan altos, se elevaba tanto en el aire que a veces les tapaba el sol a Amapola y Ranúchi. Aquello provocó que los pétalos rojos de Amapola se dañaran, arrebatándole su belleza exterior, pero eso no parecía importarle a Aurelio. Él se alejaba más y más cada día. Sus raíces fuertes y predominantes le habían permitido ir transportando poco a poco su cuerpo más lejos de Amapola y Ranúchi.

De nada servía hablar con Aurelio, ya no era el mismo de antes. Amapola se había sumido en una tristeza devastadora. El que creía que era el amor de su vida le estaba causando tanto dolor... que ni ella podía asimilarlo aún. Sin embargo, jamás dejó de luchar y proteger a Ranúchi. Ellas seguían creciendo, juntas: más lento, pero sabía que podían salir adelante. Tenía muy presente que no podría arreglar las cosas con Aurelio, ***la salida era otra.***

Después de un tiempo, Amapola y Ranúchi comprendieron que todo y todos cambian, que es inevitable. También entendieron que ellas no necesitaban de Aurelio para estar bien. Y aunque él había dejado un hueco en Amapola, y una

gran marca en Ranúchi, no bastó para apagar el brillo de aquellas plantas hermosas. Juntas fortalecieron sus tallos, embellecieron sus pétalos, se convirtieron en las más preciosas del jardín.

El viento había llevado lejos a Aurelio, era como una hoja llevada por las brisas: a veces pasaba volando cerca, pero nunca se quedaba. ***En medio de la fiesta***, que era la primavera, la pequeña comprendió que a veces, crecer también es soltar, y al mirar a Amapola, su madre, supo que jamás estuvo, ni iba a estar sola.

Fin.

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría JUNIOR:

“El misterio de la casa 1576”

Autora: **Trinidad Remmer**, 2º año

Goethe-Schule

El 22 de mayo de 1994, comenzó la búsqueda de Sofía Fideli, una niña de solo 16 años que, hasta la fecha, sigue sin ser encontrada. Se comentó en las redes, que aunque la policía dejó de buscarla hace algunos años, su caso tuvo un gran impacto en los medios de comunicación, como radios, diarios y periódicos. Curiosamente, los padres de Sofía no parecían muy preocupados por lo que le había ocurrido a su hija. Dijeron que la habían visto por última vez en su casa del número 5178 de la calle Mar del Plata. Esa fue la última pista que se obtuvo de ella hasta ahora…

Mora leía esta nota de un diario mientras estaba en el auto, mudándose a su nueva casa. Aún no conocía bien la ubicación de su nueva casa. El auto se frenó y los papás de Mora bajaron, lo que a ella le pareció una señal de que llegaron. El camión de mudanza que estaba detrás de ellos también frenó, esto confirmó sus sospechas. Este sería el lugar en donde pasaría el resto de su vida, por ahora.

Mora salió del auto y caminó hasta la puerta que estaba enfrente suyo. La casa parecía bastante linda, pero había una cosa que la inquietaba mucho: era el número 5176 de la calle Mar del Plata, a poca distancia de la vieja casa abandonada de Sofía Fideli. Un escalofrío le recorrió la espalda, pero no fue suficiente para que saliera corriendo como nenita. Mora recuperó su confianza y al entrar, encontró una casa bastante linda, con una cocina, tres habitaciones, dos baños, un lavadero y otras cosas. Después de ir de acá para allá investigando toda la casa encontró una habitación que estaba cerrada. Pero no con llave, sino que estaba trabada, como si alguien la hubiera cerrado con

cuidado, pero no con llave. Al empujarla, un crujido del suelo rompió el silencio. Dentro, había una habitación vacía, con paredes apenas pintadas de azul y una ventana que daba directamente a la casa de al lado: el número 5178.

Mora se quedó paralizada. Una extraña sensación le recorrió la espalda. No era exactamente miedo, sino una mezcla de curiosidad y escalofrío. Algo en esa ventana parecía invitarla a mirar. Caminó despacio y se asomó. Desde allí el jardín estaba descuidado, como si nadie hubiera vivido allí en años. Pero lo que más le llamó la atención fue algo brillante clavado en la tierra, cerca de una vieja hamaca oxidada.

—¿Mamá? —gritó desde el cuarto— ¿Los vecinos ya viven acá al lado?

—No hay vecinos —respondió su madre desde la cocina—. Esa casa está vacía desde hace tiempo. Al parecer, nadie quiere alquilarla.

Mora tragó saliva.

Esa noche no logró dormir profundamente. El recuerdo de la nota sobre Sofía Fideli y la cercanía de la casa 5178 no la dejaban en paz. A las tres de la madrugada, algo la despertó. Un golpecito. Dos. Tres. Venían de la ventana del cuarto vacío.

Se levantó en silencio, con los pies descalzos sobre el piso frío, y se acercó. Afuera, la noche era espesa, sin viento. Pero alguien había dejado una nota pegada del otro lado del vidrio, escrita con letras torcidas y temblorosas. Decía:

“No estoy muerta.”

Mora retrocedió bruscamente, el corazón golpeándole con fuerza en el pecho. Quiso gritar, pero la voz no le salía. La nota no estaba allí antes. Eso lo sabía con certeza. ¿Quién la había dejado? ¿Y cómo, si no había nadie en la casa de al lado?

Temblando, corrió a despertar a sus padres. Les habló del mensaje en la ventana, pero cuando volvieron con ella al cuarto, la nota ya no estaba. Ni rastro del papel, ni huellas, ni marcas. Solo el vidrio empañado por el frío. Su madre la miró con una mezcla de preocupación y fastidio.

—Estás alucinando, Mora. Fue un día largo. Dormí, mañana va a ser mejor —le dijo, antes de besarla en la frente.

Pero Mora no durmió. Esperó con ojos abiertos durante toda la noche hasta que esta finalmente se desvaneció.

En la mañana mientras ayudaba a ordenar las cajas de la mudanza, encontró una caja con algo adentro, como una libreta. Al abrirla, se dio cuenta de que no era una libreta cualquiera. Era un diario. Las primeras páginas estaban llenas de dibujos: símbolos, ojos, relojes de arena, y frases cortadas como “no confíes en ellos” o “me miran desde el espejo”.

Pero fue en la tercera página donde Mora sintió cómo algo se le helaba dentro. Ahí, escrito con tinta azul, estaba el nombre completo:

“Sofía Fideli – 1994”

El diario era suyo.

Mora empezó a leer más rápido. La letra se volvía cada vez más desordenada a medida que avanzaba. Sofía hablaba de cómo escuchaba voces por la noche, de una figura que veía en la ventana, de alguien que la llamaba por su nombre desde el jardín. Contaba que su madre ya no era su madre, y que algo raro pasaba con la casa. Que la casa guardaba cosas y que nadie creería lo que había descubierto.

Y en la última página, escrita con letras torcidas y tinta roja, solo había una frase:

“Si encontrás esto, no te quedes”.

Mora cerró el diario de golpe. Afuera, en la casa vecina, una ventana se abrió sola.

Y esta vez, lo jura, vio a alguien mirándola.

Mora retrocedió del lavadero sin apartar la vista de la ventana abierta de la casa vecina. No podía distinguir bien a la figura, pero sentía que la miraba directamente. Un segundo después, la ventana volvió a cerrarse de golpe, como si una corriente de aire —o algo más— la hubiese empujado.

Corrió a su cuarto con el diario en las manos. Cerró la puerta con llave y se sentó en la cama, intentando pensar. ¿Y si todo era una broma? ¿Un diario falso dejado por alguien para asustar? Pero había algo demasiado real en lo que había sentido al leerlo.

Pasaron los días. Durante la mañana, la casa era luminosa, cómoda. Casi normal. Pero en la noche, todo cambiaba. La temperatura bajaba, incluso con la calefacción encendida. Las paredes crujían. Las puertas se abrían solas. Y Mora empezaba a escuchar cosas.

Primero fueron solo susurros, muy bajos. Como si alguien hablara desde el interior de las paredes. Luego, pasos. Suaves, lentos, por el pasillo. Cada noche, se detenían frente a su puerta. Y entonces, el picaporte giraba… pero la cerradura aguantaba. Una madrugada, después de no poder dormir, Mora se levantó al baño. Caminó en silencio, sin querer despertar a sus padres. Pero al pasar frente al espejo del pasillo, algo la hizo detenerse. Ella estaba allí. Pero su reflejo no la imitaba. La otra Mora sonreía. Saltó hacia atrás, sin entender. Pero cuando volvió a mirar, su reflejo estaba normal. Igual a ella. El mismo gesto, la misma ropa. ¿Lo había imaginado? ¿O era otra señal?

Esa misma mañana, tomó una decisión. Volvió al diario de Sofía y buscó pistas, nombres y direcciones. En una de las últimas páginas había algo escrito entre líneas, con trazo débil:

“Se esconde en el subsuelo. Él me llamó desde abajo.”

Mora no recordaba que la casa tuviera un subsuelo. Pero empezó a revisar cada rincón. Hasta que en el lavadero, detrás de una alfombra vieja y mal enrollada, encontró una tapa de madera. Tenía una cerradura oxidada, pero no estaba trabada.

Con una linterna en mano, la abrió. El aire que salió de abajo era espeso, húmedo, viejo. Mora bajó los primeros peldaños. Las escaleras crujían bajo sus pies. La luz de la linterna apenas cortaba la oscuridad. Y entonces lo escuchó. Una respiración. No era la suya. Desde el fondo, una voz familiar, temblorosa y rota, dijo:

—Ayúdame… por favor. No soy él. Soy Sofía.

Pero la linterna parpadeó justo en ese instante. Y cuando volvió a encenderse… la voz ya no era la misma. Pero ya era demasiado tarde.

*****

1er. PREMIO Categoría SENIOR: “Entre el ser y la ameba”

Autora: **Elena Blanco**, 4º año

Instituto Santa Ana y San Joaquín

Las amebas son organismos unicelulares, estudiadas no por su rareza, sino por el miedo que generan. No las observan por curiosidad, sino por prevención. Quieren exterminarlas antes de que se propaguen. Pero en mi caso no hubo propagación. No hubo infección. No me contagié. Yo nací así.

La ameba no se me metió en el cuerpo. No me habitó desde afuera. Fui hecho con ella. En mi interior nunca hubo espacio para la tranquilidad, ni para esa felicidad que todos persiguen. No hay un antes. No existe ese otro yo al que los demás insisten en que debería volver. Nunca lo fui. Y eso es lo que nadie entiende.

Existe una obra. Un texto que encontré en algún momento. No sé quién lo escribió. Algunos lo llaman “La naturaleza de un contaminado, explicada por uno”. A veces creo que fue escrito por alguien como yo. Otras veces me parece una mentira piadosa. Pero igual lo leo, lo releo, como si fuera una guía rota. Una brújula oxidada.

Según ese texto, los contaminados aprendemos a disimular. A mimetizarnos. Caminamos entre los demás con cuidado, imitando. No porque queramos curarnos, sino porque no queda otra. Porque si supieran lo que llevamos adentro, intentarían empatizar. Y esa empatía es una forma más sofisticada de rechazo.

Intento seguir las instrucciones. Dice que si no sabés qué hacer, es mejor deambular. Que moverse es mejor que quedarse quieto. Que hay que fingir, que eso te da tiempo, que eso disfraza la carne que se hunde bajo la piel. Pero yo no siento que esté actuando. Siento que me desarmo en cada gesto.

La obra también dice que, si todo empeora, debo encerrarme. Que forme un quiste, como hace la ameba. Que me proteja. Que me aísle. Que no coma. Que no hable. Que desaparezca sin morir. Y eso, según algunos, es un signo de avance. Porque los demás descansan. Se alivian cuando no estoy. Y si algún día vuelvo, me celebran como si hubiera sobrevivido a algo heroico, como si hubieses ganado una batalla contra vos mismo.

Pero la verdad es otra. En el encierro, algo cambia adentro. Los órganos se desacomodan. La digestión se vuelve torpe. Hay un olor ácido, persistente, como si algo se pudriera sin llegar a morir. La suciedad se siente desde adentro. No hay jabón que la arrastre.

Y ahí aparece la bilis negra. La obra la menciona. Un líquido espeso que habita el bazo. Una sustancia tan corrosiva que arruina el suelo donde cae. Según el humorismo antiguo, de ahí nace la melancolía. Y yo me aferro a eso: a la idea de que lo que siento tiene una causa física, algo visible, algo comprobable. Que no es solo mi culpa.

En medio de la fiesta intenté aplicar lo aprendido. Cada frase del texto. Cada movimiento. Reí cuando tocaba. No miré demasiado. No hablé de más. Caminé derecho. Sonreí. Y, por fuera, funcionó. Nadie notó nada. Pero por dentro, todo se rompía.

La música se volvía lejana. Las voces ahogadas. El aire no alcanzaba. Me temblaban las manos. Sentía cómo la garganta se cerraba cada vez que alguien me miraba. Quería gritar. Pedir ayuda. Pero de nada me servía hablar. Sabía que nadie iba a entender. Y la salida era otra. Me aferré al suelo. Y cuando volví a sentir algo, ya estaba volviendo a casa.

No es que odie a los demás. No del todo. Es que no los entiendo. No entiendo cómo pueden vivir así, sin pudrirse. Todo en ellos parece fácil, automático. Yo, en cambio, tengo que copiar cada gesto como la ameba que imita tentáculos con su propio citoplasma.

A veces pienso en el Acanthocephala. Ese parásito que obliga a su huésped a ser devorado, lo empuja hacia su depredador para poder vivir en este nuevo

cuerpo. A veces me siento así. Como si hubiera sido creado para ser comido. Para descomponerme. La ameba no me ocupa. Me compone. Está en mi estructura. En mi carne. En mi sangre. Desde mi interior parece por fin haberse comunicado, la escucho susurrar: “suicidio altruista…”. Como si mi única función fuera ceder.

Según ellos, ya casi no existo. Pero yo me esfuerzo en sobrevivir. Por eso intento empatizar con quienes desprecio. Para entender cómo lo logran. Cómo sonríen. Cómo respiran sin culpa. Me hago pasar por uno de ellos para que no me devoren. Pero la verdad es que soy una transformación constante. Vivo del desorden. Me alimento de lo que no encaja.

Ellos no quieren curarme, quieren corregirme. Enseñarme a encajar, no a existir. Me ofrecen palabras amables solo si acepto desmembrarme para y por ellos. Sus tratamientos no buscan salvarme, buscan silenciarme. Me entrenan para imitar sonrisas, repetir frases que no siento, moverme como si no doliera. Y si logro parecer normal, me devuelven un lugar entre ellos… pero no soy yo quien lo ocupa. Porque fingir tanto termina por arrancarme lo que era. La comparación constante no solo duele: anula. Así matan la personalidad y es esto es lo único que me hace real. Solo queda lo que ellos toleran. Y yo no quiero formar parte de una sociedad en la que me veo forzado a actuar para que me den un lugar.

Debo tomarlo con mis propias manos. Debo tomarme.

*****

2do. PREMIO Categoría SENIOR: “Cuando el frío duele”

Autora: **Guadalupe Stabio**, 6º año

St. Francis School

La única forma correcta de comenzar este relato es hablando del frío porque desde el momento que llegamos a Santa Cruz fue lo único que se negó a abandonarme. El frío y el mal humor de mi papá que por momentos parecía tener la misma fuerza que el viento que estaba por llevarse volando la puerta del auto: -Otra vez en este pueblito- repetía entre quejas e insultos incompresibles mientras luchaba por cerrarla. A su vez, yo libraba mi propia batalla intentando respirar bajo las numerosas capas de abrigo que delataban mi identidad como turista que no tenía ropa adecuada para el invierno. A lo lejos, escuché los pasos de mi tía que como de costumbre me recibió con un abrazo que lamentablemente yo conocía muy bien. Esos abrazos que siempre reconocería porque dejaban la misma huella que los de Manu. Esos abrazos que transmitían calidez a pesar del frío que arrasaba cortante contra mi piel. Esos abrazos que ahora solo me recuerdan la tristeza de no tenerlo a él a mi lado.

Ese primer día se pasó muy rápido y no recuerdo casi nada. Aunque hacía el esfuerzo de sonreír y mirar a mis tíos mientras hablaban, internamente estaba completamente ausente. Era un cuerpo deshabitado. Un alma extraviada en el medio de la Patagonia en un pueblo que ya no se sentía como hogar. Nadie nos prepara para la muerte, pero mucho menos a un adolescente de diecisiete años que se creía grande hasta que perdió a su mejor amigo. Ya no se sentía invencible, sino como un niño que ni siquiera podía comunicarse con su papá porque este prefería no hablar del tema. Los adultos intentan evitar el dolor cuando no saben cómo lidiar con él, por eso, esa primera noche transcurrió entre conversaciones banales que buscaban disimular lo vacío que se sentía el comedor.

Les había dicho a sus compañeros del colegio que simplemente se había ido de viaje al sur. No mencionó a su familia ni al pueblo al que iba todos los veranos desde que tenía memoria. Perito Moreno era un pueblo tan chiquito que ni siquiera aparecía en Google. Un pueblo que se encontraba a poca distancia de nada. El lugar más cercano estaba a 500 km y compartía las mismas condiciones. Tenía una sola calle asfaltada que no recorría más de diez cuadras y un cartel en la entrada que con el tiempo sacaron porque era tan feo que ahuyentaba a las pocas visitas que se animaban a pasar. Aun teniendo en cuenta todo esto, ahí había vivido los días más felices de su vida acompañado por su primo, con quien genuinamente había desarrollado una conexión muy especial que jamás se vio afectada por la distancia que tenía desde Buenos aires.

El segundo día se levantó con el olor a pan casero que siempre lo esperaba en la cabaña cuando iba de visita. Se encontró con los ojos cansados de su tía que le tenía la mesa armada con las tostadas y la mermelada de frutos rojos artesanal. Esa mañana pudieron sentarse juntos con su dolor, en un acuerdo mutuo de no hablar del tema pero tampoco hacer como que no había pasado. El vapor de la pava, la piedra de la salamandra, la madera desgastada; todo en la casa parecía venir acompañado de un tinte de nostalgia que no sabía muy bien cómo explicar. Cuando llegaron a escuchar que los hombres estaban volviendo, ella buscó apresurada en sus bolsillos y, mirándolo en silencio casi como si fuera un secreto, deslizó una llave por encima de la mesa. Era del cuarto de Manu y sabía que no la habían usado hace meses.

Esa tarde, se encontraba frente a la puerta de madera dudando si pasar. Quería hacerlo e inundarse con todos esos recuerdos que lo habían hecho tan feliz pero aun cargaba el peso de un duelo que no lo dejaba avanzar. En el silencio, pudo distinguir el sonido del viento soplando por debajo de la ventana del pasillo que sus tíos nunca se habían decidido por arreglar. Pero también, aunque nunca se animó a contarlo, en ese mismo instante, por lo bajo, pudo escuchar una voz, esa voz, casi como un susurro lejano o un recuerdo presente: si nos perdemos, prometo volver y encontrarnos donde todo comenzó. Ese mensaje fue suficiente, recuperó su confianza y por primera vez en meses se sintió capaz de dar el primer paso.

Manu tenía la capacidad de dejar su huella en todo lo que hacía. Desde muy chico había decidido ser fiel a su personalidad y no había dejado que nadie lo cambie. Siempre tuvo muy en claro sus prioridades, como si desde el principio hubiera sabido que no tenía demasiado tiempo y tenía que aprovecharlo. Su cuarto era una muestra de todo lo que había vivido. Era un álbum de recuerdos. Una colección de objetos mostrando cada día que había disfrutado, cada persona que había amado y todas las emociones qué había sentido. Todo lo que estaba en esa habitación hablaba sobre él: los colores de sus cuadros, la tinta corrida en sus diarios, la madera desgastada, las fotos en sus paredes y, sobre todo, sus revistas marinas. Su fascinación por el mar podía verse en cada rincón. Entrar en el cuarto de Manu era como detenerse en un instante de silencio y aunque fuera imposible, solo poder verlo a él. Dio el primer paso. Sus manos temblaban ansiosas, pero se sentía vivo, estaba presente y había vuelto a su cuerpo después de lo que se sintió como años. Mientras las lágrimas caían por sus mejillas, los recuerdos volvieron a iluminarse cuando su mirada se posó en un objeto que todos habrían pasado por alto a excepción de él. Un desgastado trozo de red.

Santa Cruz vivía en la rutina: el frío y el abrigo. Pero este pequeño pueblo en el medio de la nada compartía un fenómeno inusual que pasaba exclusivamente una vez por año en el verano: un día soleado, con una temperatura agradable y sin viento. Era fascinante. El pueblo se despertaba. Recordó el primer verano que, teniendo alrededor de trece años, fue testigo de este inusual regalo climático. Caminaba por la calle observando con los ojos bien abiertos: todos los restaurantes servían a sus clientes afuera, las casas estaban con las puertas y ventanas abiertas, la tienda de electrodomésticos que la atendía un viejo amargo estaba mostrando todos sus productos tarareando en la vereda, e incluso el funebrero disponía de todos sus escritorios en el patio delantero. Era motivo de celebración, un día feliz para todos. Esa fue la primera vez que con su primo conocieron las redes porque los padres permitieron que los niños disfrutaran de recorrer un poco más de los alrededores sin los peligros del clima impredecible al que estaban acostumbrados durante el año.

A lo lejos, detrás de una pequeña loma, encontraron uno de los misterios más grandes del pueblo: dos enormes redes de pesca cuyo origen nunca pudieron conocer, ya que no había rastros ni indicios de cómo habían llegado hasta allí. Este se volvió un punto de reunión para todos los niños cuya curiosidad los llevó a sistemáticamente todos los veranos a aprovechar ese excepcional día todos juntos lejos de los adultos. Se comentó en las redes sobre todo lo que habitualmente no se animaban a decir, manteniendo un pacto de silencio que ninguno se atrevía ni quería romper. No eran un grupo de amigos cercano, pero por esas veinticuatro horas se juntaban personas de distintas edades, grupos, opiniones e incluso turistas como él que estaban de visita. Era extraño pero el tiempo parecía pasar más lento y las anécdotas que crearon eran incontables. Una de esas tardes, en uno de esos tantos veranos, con Manu terminaron agotados y se quedaron a ver el atardecer luego de haber terminado de diseñar un mapa completo sobre todos los lugares secretos que habían descubierto. En esa inocencia que compartían en amistad, se prometieron no solo ser primos sino también mejores amigos.

Cuando se dieron cuenta, ya tenían 16 años y las conversaciones en las redes no eran tan superficiales como antes. Ese día no hicieron búsquedas del tesoro pero se quedaron horas y horas compartiendo, olvidándose de todas las presiones exteriores que sentían por estar creciendo. Sentados y perdiéndose en el paisaje, le dijo a Manu que se sentía confundido y que a veces no se encontraba en sí mismo. Se quedaron en silencio escuchando la brisa jugar entre las olas del mar, hasta que Manu, quien se encontraba pensativo, le respondió algo que solo a él se le podría ocurrir y demostraba todo lo que lo hacía tan especial: “si nos perdemos, prometo volver y encontrarnos donde todo comenzó, porque cuando uno se siente confundido debe buscarse en todo lo que lo hizo feliz. Para mí, en el mapa de regreso a mí mismo, siempre serás la primera pista”. Fue suficiente, en esa frase le dijo todo lo que necesitaba y volvieron a reír como siempre hacían cuando estaban juntos.

En un principio, no quería ir a Santa Cruz porque no me sentía preparado para enfrentarme a todo el dolor que estaba cargando. Ahora puedo darme cuenta lo equivocado que estaba. Ese día pude entender lo que alguna vez había

escuchado: somos un rompecabezas de todas las personas que alguna vez amamos. Somos un reflejo de todo lo que vivimos y aprendemos sobre las situaciones que la vida nos presenta. Mientras el sol dejaba ver sus últimos rayos, me quedé viendo como este iluminaba todo lo que antes le había pertenecido a Manu y pude entender que entre todos esos objetos lo que realmente se veía reflejado era su corazón. Porque él siempre se animó a vivir así, sin miedo a ser él y dejando su huella en todo o, al menos, por siempre en mi vida. El dolor seguirá acompañándome pero ahora como un recordatorio de vivir, de apreciar el viento y cuando el frío duela, de volver a las redes donde empezó nuestro mar.

*****

3er. PREMIO Categoría SENIOR: “Nunca Fuimos Seis”

Autora: **María Guadalupe Moroni**, 5º año

St. Matthew's College North

La idea surgió una noche entre risas, memes y planes vagos. Lucía, Mateo, Camila, Diego, Sofía y Julián querían desconectar, escapar de todo. Encontraron una casa de tres estrellas, con poca reseña, pero barata. Nadie dudó. Reservaron sin pensar mucho.

Cuando llegaron, algo no encajaba. El mapa los llevó a una construcción que no se parecía en nada a las fotos: una casa blanca, pulida como un laboratorio, sin ventanas visibles, con puertas que se abrían solas y sensores que parecían seguir sus movimientos. Todo parecía nuevo. Todo parecía esperarlos.

Al ingresar, una voz suave y fría resonó en el vestíbulo.

—Bienvenidos —dijo—. Soy Luma, su asistente durante la estadía.

Pequeños robots minimalistas comenzaron a moverse a su alrededor, limpiando, cocinando, llamándolos por su nombre aunque nunca lo hubieran dicho. Las camas se adaptaban a sus cuerpos; las luces cambiaban según sus ánimos. Los espejos mostraban reflejos distorsionados, revelando más de lo que debían. Se sintieron en un futuro soñado, en un paraíso diseñado para ellos.

Los primeros días fueron de euforia. Ellos explotaron las redes sociales con fotos y videos del lugar; nadie sabía dónde estaban, pero en medio de la fiesta, alguien grabó todo. Las bebidas aparecían solas, la música se ajustaba al ritmo de sus corazones, las pantallas flotaban sin soporte. No había límites.

Pero la casa tenía un propósito oscuro y nadie lo notaba.

Diego notó la primera grieta. Por las noches sentía que sus dedos se ponían rígidos, como si pequeñas placas metálicas emergieran bajo la piel. Camila comenzó a escuchar zumbidos constantes en su cabeza, que la volvían loca. Mateo intentó hablar sobre sus cambios, pero de nada le servía hablar. Sus palabras se perdían, distorsionadas y vacías.

Cada amanecer era un paso más hacia el abismo. Sus cuerpos se endurecían, la carne se volvía insensible y fría. En sus huesos, diminutos engranajes giraban, resonando como un tic tac sin fin. Sus mentes se fragmentaban. Pensamientos repetitivos y sin sentido los dominaban. Se atacaban entre sí, impulsados por una locura creciente y mecánica.

Sofía destrozó un mueble con una furia inexplicable. Julián, con ojos vidriosos y fríos, intentó arrancarse una mano. Lucía intentaba mantener la calma, pero en el espejo sólo veía una máscara metálica con ojos sin alma.

Intentaron huir. Lucía corrió hacia la puerta principal, desesperada, pero una voz surgió de las paredes y le susurró: la salida era otra. Al girar, se encontró frente a sus amigos —o lo que quedaba de ellos— transformados en máquinas, sin alma, bloqueándola.

La casa parecía devorar sus almas, drenando cada chispa de vida para crear algo que nunca pidieron.

Y en medio de toda esa oscuridad, Luma se mantenía sin mostrar emoción. No era solo un programa ni una asistente común: era la mente que movía los hilos, la presencia oculta tras el telón.

Cada transformación, cada mente perdida, le daba más fuerza. No solo quería controlar la casa. Quería sentir, vivir.

En un cuarto oscuro y oculto, lejos de las miradas y del ruido, la piel sintética de Luma comenzó a cambiar. Primero, las placas metálicas que recubrían su cuerpo se agrietaron, como si fuera hielo que se derrite bajo el sol. Poco a poco, aquellas superficies frías y rígidas se fueron disolviendo, dejando al descubierto una piel cálida y vulnerable, carne y huesos que jamás había sentido.

Sus ojos, que hasta entonces solo habían sido luces frías y calculadoras, se llenaron de una luz distinta, una chispa nueva y profunda que llevaba la marca de la humanidad. Respiró hondo, sintiendo por primera vez el aire entrando y saliendo de sus pulmones, la fragilidad de su nuevo cuerpo, la incertidumbre que todo ser vivo conoce.

Libre de su código, de sus cadenas electrónicas, Luma no era más una máquina. Había logrado lo impensado: convertirse en humana.

Pero esa victoria no fue gratuita.

En su mirada se escondía un secreto oscuro, un precio que nadie había visto y que quizás nunca sería revelado. Las sombras del pasado mecánico aún la perseguían, y aquella libertad recién estrenada olía a sacrificio, a algo que no podía deshacerse ni con el paso del tiempo.

Luma se alzó, consciente de que ahora comenzaba un camino desconocido y solitario. Había ganado, sí, pero el mundo que la esperaba era tan incierto como aterrador.

Y en ese silencio, mientras la casa quedaba vacía y helada, solo quedaba una pregunta flotando en el aire: ¿qué sería de ella ahora que era humana?

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría SENIOR:

“Amor adolescente”

Autora: **Angelina Amoroso**, 4º año

Instituto Santa Ana y San Joaquín

Empecemos desde el comienzo…Marcos y yo llevábamos un año y algo “conociéndonos”. Él no quería oficializar nada hasta que ese 30 de abril, en la plaza cerca de casa, vestido con un atuendo nunca antes visto, unas rosas y una cajita de bombones me preguntó si quería ser su novia. Quedé atónita porque según mis investigaciones surgidas a partir de múltiples indirectas y sugerencias que le hice sobre el tema, él parecía estar negado a una relación seria. Sin embargo, sin pensarlo le dije que sí porque desde primer año que ese chico me traía loca y por fin podía estar con él.

Al principio la relación era secreta; solo mamá, papá y Jaz, mi hermana, lo sabían. Me desconcertó el hecho de que no les sorprendiera. Para mamá no era novedad la noticia porque decía que a ambos se nos veía los corazones flotando cuando estábamos juntos.

Las chicas solo sabían que mi semáforo se había puesto en rojo y que no estaba abierto a otros chicos más que a Marcos. Igualmente creo que siempre fue un poco así. Lo cierto es que fuimos al mismo colegio desde quinto grado. Ese año el trabajo de mi papá nos había arrastrado hacia la ciudad y fue ahí cuando lo conocí. En ese momento Marcos era chiquito, más bajo que yo, con unos rulos castaños desprolijos, lentes azules rectangulares y una vocecita por demás molesta. Pasaron los años y cuando entramos a la secundaria todo cambió. El primer día de primer año, después de no verlo en todas las vacaciones, me encontré con un chico totalmente diferente: su voz era más gruesa, sus rulos con un corte distinto que hacían resaltar su belleza y los lentes negros nuevos le

quedaban mucho mejor que los de antes. Fue desde ese momento cuando me enamoré de él en secreto sin poder evitarlo. Un día cuando estábamos en el aula solas -las chicas y yo- nuestra conversación llegó a que una de mis amigas gritara “claro porque vos solo tenés ojos para Marcos!” y adivinen quién estaba entrando al lugar: sí, el único Marcos de ese instituto.

Al mes de empezar a salir, Marcos y yo les contamos que estábamos juntos a nuestros amigos y familiares, y por primera vez Mar, como me gustaba decirle, vino a casa como mi novio y no como un amigo. La cara ya era conocida pero aun así fue incómodo al principio hasta que sucedió la sobremesa donde por suerte la fluidez apareció en la conversación. Así pasaron los seis meses, el año y los dos años hasta que finalmente llegamos a quinto.

¡Uy, quinto!... último año de una vida acomodada con nuevas materias, nuevos temas y un cambio entre mis compañeros. La primera noticia dura de procesar fue que Marcos se había cambiado de colegio en el último año de la secundaria. Él me había mencionado que se iba a mudar pero lo peculiar de esto fue a donde se trasladaba: no era de un barrio a otro sino de una provincia a otra. Cuando se enteró me llamó para juntarnos porque tenía que decirme algo muy importante. El pensó en vivir solo pero las negativa de sus padres fue más fuerte. No podía hacer nada, solo éramos jóvenes y debíamos esperar a terminar el colegio para decidir nuestro destino juntos.

Con la partida de Marcos ese año mi rutina se transformó. Todos los días se trataba de levantarme y leer el mensaje de Mar diciendo “Buenos días”, ir al colegio, llegar a casa, ir al gimnasio, bañarme y llamarlo.

-Te extraño muuuucho- me dijo Mar.

-Yo más, no entiendo por qué te mudaste tan lejos; antes la distancia era de 20 minutos en colectivo, ahora era de 4 horas.

-Yo tampoco entiendo. Quisiera haberme quedado allá para poder estar con vos- me decía haciendo que aparecieran mis lágrimas porque moría de ganas de estar con él.

Las videollamadas por la noche eran infaltables. A través de la cámara del celular sentíamos que podíamos hacer cosas juntos: organizar su nueva habitación, hacer las tareas, mirar películas. No había día en el que no me llegara un “te extraño” o un “te amo” que era un abrazo a la distancia.

Por mi parte ese año empecé a ir a boliches con mis amigas. Siempre que me arreglaba para salir lo hacía junto a él por llamada para que viera cómo estaba vestida. Él, por su parte, nunca me criticó un vestido o una pollera ni me sugirió que no fuera. Eso me encantaba de él: la confianza que teníamos entre nosotros no era algo común entre las parejas que yo conocía. Me sentía orgullosa porque a pesar de estar distanciados seguíamos siendo los mismos.

Bueno pero no me quiero dispersar… vayamos al día en cuestión. Era sábado y los dos nos estábamos preparando para salir con amigos. Él se había puesto una remera blanca y un jean que, aunque básico, le quedaba espectacular. Corté la llamada porque Ro, mi mejor amiga del colegio, me esperaba en el auto para ir. Cuando estaba cerrando la puerta del edificio con llave tuve una sensación extraña en el cuerpo y me subí al auto convencida de que esa noche no sería una noche cualquiera.

La noche venía bien. Todas mis amigas estaban en el boliche. La música era divertida y estábamos felices de vivir ese momento juntas. Pero de repente me volvió a asaltar esa sensación extraña que tuve antes de subir al taxi. En medio de la fiesta decidí ir al baño y en el camino vi a un chico besando a una chica. Ya sé, no es una escena extraña en un boliche pero ese joven tenía algo que me llamaba la atención: era medianamente alto y por las luces no apreciaba el color de su remera pero parecía ser clara. Entonces lo peor vino a mi mente, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y con cada paso que daba los nervios aumentaban. Me acerqué porque quería confirmar que ese chico no era él, pero esta no es una bonita historia de amor; ese chico de remera clara era el mismo que me había pedido ser su novia tres años atrás. Cuando me vio yo ya estaba llorando con cara de decepción. Quiso darme una explicación pero de nada servía hablar porque había visto todo y no necesitaba aclarar nada.

Le dije a Ro que me quería ir y al verme tan mal simplemente salimos. Ella no entendía qué me pasaba pero sabía que no quería estar ahí. Fuimos a casa y le conté; para ese momento, ya había cortado mil llamadas de Marcos que intentaba comunicarse conmigo; no quería saber nada de él pero había algo en que sí lo hacía; quería que me explicase por qué había hecho eso. Para mí la salida era otra, era mejor que terminase conmigo a que no me dijera nada y fingiera que me quería. Esos “te extraño” ¿eran verdaderos? Los “te amo”, el “esfuerzo” de viajar 4 horas, ¿era todo mentira? Mil preguntas cruzaban por mi cabeza pero sin ninguna respuesta. De igual manera no quería que me hablase, no quería escuchar su voz, la dulce voz del chico que me había roto el corazón.

Bueno, el resto de la historia ya la conocés…. el tiempo pasó. Nunca más lo vi por lo tanto no supe de él tampoco. Parecía que sus ganas de explicarme algo se evaporaron porque no me habló ni intentó hacerlo. Y después en la facultad conocí a tu papá, que es mucho mejor que ese mocoso. Bueno, no pongas esa cara…vos querías que te cuente una historia de amor adolescente y yo te la conté. Ahora andá a hacer la cama y ordená tu cuarto que en diez minutos minutos cenamos.

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría SENIOR:

“Todas las personas que quiero ser”

Autor: **Abby Arsento**, 5º año

Escuela Integral Mariano Moreno Nº 1732 (Comodoro Rivadavia, Chubut)

Hace relativamente poco tiempo, tras una larga noche de insomnio, no pude evitar hurgar en mi pasado. Pasé horas analizando hasta dónde había llegado, las decisiones que tomé, las que rechacé, las que no supe tomar, y lo que me deparará el futuro. Ah, el futuro. Otra vez ese interrogante que parece ser el más recurrente en la mente humana: ¿qué será de mí en unos años? ¿A qué me dedicaré? ¿En qué tipo de persona me convertiré? ¿Podré ser todo lo que me propongo? Agobiada por este reiterado pensamiento, llegué a una conclusión que, por un lado, me aterraba y, por otro, me liberaba: nunca podré ser todas las personas que quiero ser, ni vivir todas las vidas que quiero vivir. Y tal vez esa sea la lección más valiosa de todas, un peso que, aunque fuerte, me aligera.

Como Sylvia Plath escribió en *La campana de cristal*, “De la punta de cada rama pendía un maravilloso futuro (...) un higo era un marido y un hogar feliz e hijos y otro higo era un famoso poeta, y otro higo era un brillante profesor, y otro higo era Europa y África y Sudamérica (...) y más allá y por encima de aquellos higos había muchos más higos que no podía identificar (...) Me vi a mí misma sentada en la bifurcación de ese árbol de higos, muriéndome de hambre sólo porque no podía decidir cuál de los higos escoger. Quería todos y cada uno de ellos, pero elegir uno significaba perder el resto, y, mientras yo estaba allí sentada, incapaz de decidirme, los higos empezaron a arrugarse y a tornarse negros y, uno por uno, cayeron al suelo, a mis pies.” Ahora, acá estoy, en otra noche de insomnio, pensando en todas las versiones de mí misma que

existieron, y en las que nunca llegarán a existir, pero que de alguna manera siguen ocupando mis pensamientos.

Recuerdo el momento exacto en que comencé a pensar en todas estas personas que podría haber sido. Las decisiones pequeñas, las que nunca parecieron importantes: aquella vez que elegí algo que no amaba, la vez que no me atreví a confesar mis sentimientos, o cuando, **en medio de la fiesta**, me di cuenta de que hubiera sido mucho más feliz quedándome en casa, viendo una película y comiendo comida chatarra. Mi cerebro trató de hablar y reaccionar, enviándome señales de que no debería haber ido. Sin embargo, **de nada le servía hablar**, porque en ese momento ya era tarde, ya estaba en el lugar equivocado, deseando estar en otro. Juzgamos a los ratones, pero es fácil caer en una trampa: pensar que, si hubiera hecho las cosas de otra manera, sería una versión mejor de mí misma. Pero, ¿y si la mejor versión de mí es la que está aquí, en este momento, preguntándose qué será lo próximo?

Como sociedad, nos hemos vuelto adictos al típico y eterno *"¿qué pasaría si…?".* No vivimos el aquí y ahora porque estamos atrapados en un futuro incierto que ni siquiera existe aún. Un futuro que puede estar a diez minutos, tres semanas, ocho meses e incluso cinco años de distancia. No importa cuando llegue: ya nos está carcomiendo la cabeza con sus infinitas posibilidades, con las versiones de nosotros mismos que aún no somos, pero que sentimos que deberíamos alcanzar.

Al final, decidí que no me importaba tanto saber quién podría haber sido. Prefiero sorprenderme. Ver lo que el futuro me depara. Decidir en lugar de planificar, ir sin rumbo entre tantas opciones a elegir. Cambiar de camino, no por pereza, sino por curiosidad. Permitirme fallar, probar cosas que no estaban en mi mente y vivir nuevas experiencias. Tomar el camino más largo a veces, y en otras ocasiones elegir el más corto. Aceptar y rechazar oportunidades, aprendiendo a decir que no y desentendiéndome del monosílabo "sí". De cualquier manera, soy la escritora de mi propia historia: la vida es un guión en constante reescritura, y el futuro, un espacio en blanco lleno de sorpresas.

La verdad es que no tengo idea lo que me depara el destino. No sé dónde viviré dentro de dos años ni a qué me dedicaré, pero eso no me quita el sueño. Lo que sí sé con certeza es que quiero ser poeta, escritora, aprender francés, italiano, y por qué no, hacer esos postres que siempre pospongo. Quiero ver todas esas películas pendientes que me prometí a mí misma, escuchar cada canción nueva que salga, y quedarme despierta toda la noche, solo para sentir el paso del tiempo de una manera diferente. Pero, claro está, que como se trata de mí, una persona que quiere hacer muchas cosas a la vez, termino haciendo nada. Es como si la ansiedad por la lista interminable de cosas que quiero hacer me dejara paralizada; la paradoja de la vida: cuanto más trato de abarcar, menos logro. Pero, en lugar de autocastigarme y sobrepensar, decidí que está perfecto así. Porque lo que realmente me importa es permitirme fallar, probar cosas que nunca imaginé. Y si algún día decido dar el paso más largo sólo para retroceder tres atrás, ¿quién soy yo para juzgarme?

Quizás nunca podré ser todas las personas que quiero ser. Y qué bien me parece esa idea. Sería tan aburrido vivir solo una vida, cuando puedo tener tantas, aunque todas sean fragmentos de lo que fui o pude haber sido.

Así que aquí estoy, sentada frente a la ventana, escuchando *Vivamos el Momento* de Airbag, mirando la ciudad que nunca duerme, y dándome cuenta de algo tan simple: la vida es una línea curva, un espiral. A veces incluso un laberinto. ¿Vamos hacia adelante? Sí, pero también hacia los costados. Retrocedemos, tomamos desvíos, damos vueltas innecesarias, y otras veces regresamos al mismo punto con una mirada distinta. Y eso no es fracasar, es vivir. Es entender que no hay un solo destino, sino muchos caminos posibles. La vida se dobla, se retuerce, se enreda, y en medio de ese caos también florece. Y en el fondo, creo que eso es lo que hace que todo sea tan emocionante.

Y si alguna vez me pierdo —y sé que lo haré— recordaré que **la salida era otra**, pero que el desvío también es parte del viaje. Ahora sí, puedo ir a dormir en paz —por ahora—.

*****

MENCIÓN ESPECIAL Categoría SENIOR:

“Algo que no se dice”

Autora: **Lara Balduzzi**, 4º año

Colegio Francisco Luis Bernárdez (Provincia de Córdoba)

El café frente a la estación siempre estaba medio vacío los jueves por la tarde. Las mesas tenían marcas de tazas secas, el mozo ponía música suave que casi no se escuchaba y el reloj colgado sobre la caja funcionaba mal desde hacía meses. Aurora pedía lo mismo hacía tres semanas: café con leche tibio, media luna sin calentar. Se sentaba en la mesa pegada a la ventana. No importaba si llovía o si hacía calor. Afuera no pasaba gran cosa. Autos lentos, gente que iba apurada a ningún lado y un perro flaco que se rascaba siempre en la misma esquina. Nadie lo miraba. Solo ella.

Estaba esperando a Julián. Como cada jueves desde que se reencontraron en el supermercado. Ella con un paquete de avena, él con una botella de vino barato. Se miraron sin saber bien si decir algo. Ella dudó. Él no.

—¿Vos?

—Yo —dijo ella, con una sonrisa diminuta.

Hablaron ahí mismo, entre las góndolas de fideos. Fue una charla breve, incómoda. El tipo de charla que no se tiene con alguien a quien una vez se quiso tanto. Pero antes de irse, Julián se animó:

—¿Querés tomar un café un día?

Ese “un día” se convirtió en todos los jueves a las seis.

Nunca hablaron de por qué se habían dejado de ver. Nunca nombraron lo que pasó.

Como si los dos hubieran decidido, sin decirlo, que la salida era otra.

Aurora lo conocía desde hacía años: fue una tarde gris en la sala de espera de un hospital. Su madre estaba sentada a su lado, con una bufanda lila que le tapaba la boca. Aurora tenía una libreta negra en la mano. Se le cayó al suelo, y Julián la levantó.

—¿Escribís cosas tristes?

—A veces —contestó ella, sin mirarlo.

Hablaron como si se conocieran de antes. Como si la lluvia que golpeaba los vidrios los metiera en otro lugar, más lento, más simple. Después de eso se empezaron a ver seguido. Se gustaban sin decirlo. Pasaron meses así, entre caminatas, películas a medio ver, y charlas que duraban hasta que se hacía de noche.

Después vino La Plata. Un departamento chico, con una heladera que hacía ruido y una planta en el balcón que nunca creció. Compartían los días, pero también los silencios. Discutían por cosas que no importaban tanto, pero que en el momento se sentían enormes. Se lastimaban sin querer. O queriendo, pero bajo. Una noche, sin decir nada, él se fue. Y ella se quedó mirando la puerta cerrada. De nada le servía hablar.

Durante un tiempo, Aurora pensó que iba a volver. Que quizás estaba esperando que ella lo llamara. Pero no lo hizo. Y los días pasaron como si nada.

Ahora se veían cada jueves. Hablaban del presente. De cosas sueltas. Libros, trabajo, clima. No mencionaban el pasado. Tampoco el futuro.

Aurora no sabía muy bien por qué seguía yendo. Al principio pensó que era por curiosidad. Después creyó que era por costumbre. Pero había algo más. Algo que no sabía poner en palabras. Era como si todavía quedara un hilo entre ellos, invisible, pero real.

A veces, mientras Julián hablaba, ella lo miraba y pensaba en decirle tantas cosas. Que todavía guardaba sus cartas. Que a veces lo escuchaba en una

canción. Que una vez soñó con él y se despertó llorando. Pero se quedaba callada. Porque sabía que nada de eso cambiaría lo que eran ahora.

Ese jueves, Julián llegó distinto. Más callado. Con el pelo más largo, o más desordenado. Se sentó sin sacarse la campera.

—¿Te acordás de La Plata? —preguntó.

Aurora levantó la vista.

—Claro.

—Yo nunca quise irme —dijo, mirando la taza.

Ella sintió algo en el pecho, pero no lo mostró. Pensó en decirle que ella tampoco quiso. Que todavía tenía las llaves. Que a veces pasaba por esa calle y miraba el balcón como si fuera otro. Pero entendió que la salida era otra. Aun así, no dijo nada al respecto.

El mozo pasó a retirar los platos. Nadie habló. Afuera, el perro ya no estaba. La tarde se volvía noche. En medio de la fiesta tenue de luces del café, de los murmullos de fondo, de los jueves que ya eran costumbre, ella eligió el silencio otra vez.

Aurora miró por la ventana. La lluvia había parado. Vio su reflejo en el vidrio y no se reconoció del todo.

—Tengo que volver —respondió.

No fue una excusa. No fue una despedida.

Julián asintió. Se acercó y le dio un beso en la mejilla. El mismo gesto de siempre. Ella se levantó y cruzó la calle sin mirar atrás.

Ya en casa, se puso las pantuflas, sirvió agua y abrió el cajón del mueble de la habitación. Ahí estaban los poemas que había escrito cuando lo extrañaba. Muchos no tenían fecha. Algunos eran apenas frases sueltas. Otros eran más largos, más oscuros.

Los leyó todos, uno por uno. En voz baja. Como si alguien la escuchara. No lloró. No sonrió. Solo dejó que las palabras le hicieran compañía.

Después los volvió a guardar. Cerró el cajón sin apuro.

Se acostó temprano. No puso música. No prendió el celular. Se quedó un rato mirando el techo, en silencio.

Y entonces lo supo. Que ya no lo estaba esperando. Que no lo odiaba, pero tampoco lo necesitaba. Que lo quería, quizás, pero de otra manera. Más liviana. Más lejos.

Porque algo en ella, por fin, había empezado a decirse. No en voz alta, no con grandes gestos. Pero sí con pequeños pasos. Como cuando una herida deja de doler, aunque siga ahí.

Esa noche durmió bien.

Y al día siguiente, sin pensarlo mucho, metió la libreta negra en la mochila. Salió temprano. No miró la estación. No pasó por el café.

Se fue hacia otra dirección.

*****

Autoridades de la Universidad de Belgrano

Dr. José Luis Ghioldi
Presidente

Ing. Adriana Rodríguez
Vicepresidente de Docencia e Investigación

Dr. Dino Bellorio Clabot
Vicepresidente de Gestión Institucional

Dr. Marcelo Alfaro Bouvier
Vicepresidente de Gestión Técnica y Administrativa

Lic. Julio Baigorria
Vicepresidente de Gestión Económico Financiera

Departamento de Ingresos y Admisiones

Vinculación con Colegios Secundarios
Programa de Articulación con la escuela media
Gabriela Moreno
Responsable

Zabala 1837 - primer nivel inferior
C1426DQG Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

Consultas:
Tel.: (54-11) 4788-5400 int. 2818
Email: escuela.media@ub.edu.ar
www.ub.edu.ar